

Ciclo C: II Domingo del Tiempo Ordinario

Rosalino Dizon Reyes

Irás delante del Señor a preparar sus caminos, anunciando a su pueblo la salvación (Lc. 1, 76-77)

Como Jesús, el evangelista san Marcos se enfocó en el reino de Dios. Tal como se entendía en aquellos tiempos, dicho reino se refería a la manifestación definitiva en el fin del tiempo de la soberanía de Dios acatada por toda la creación.

El reino de Dios se comprende, según el evangelio de san Marcos, por aquellos que fijan la mirada en Jesús, el sanador, el maestro, el crucificado-resucitado. La buena noticia, pues, de la cercanía inminente del reino es más que *sobre* Jesús; es *de* Jesús, es Jesús mismo. Por eso, no se trata tanto de oír o leer una narración que se pasa de una generación a otra como de encontrarle personalmente a Jesús. Los cristianos creemos sus enseñanzas, pero sobretodo, creemos *en* él.

San Vicente de Paúl llegó a comprender este mensaje fundamental de san Marcos. Lo hizo, concedido, después de haber pasado sus primeros diez años de presbítero en busca de «un honesto retiro» que le permitiera emplear el resto de sus días junto a su madre (I, 88-89). Como la mayoría de los contemporáneos de Jesús a quienes se les debía ocultar el secreto mesiánico porque no podían fuera del molde tradicional, pensando en nada más que un mesías guerrero y político, Mosén Vicente quizás confundía durante diez años el ministerio con un «decoroso beneficio en Francia» (I, 86). Pero una vez convertido y enterado ya de la verdadera identidad del Mesías, san Vicente se enfocó por completo en él.

El santo fijó la mirada en Jesús y lo tomó por guía e iniciador, y por regla de la Misión (XI, 429, 468). Centrado en Jesucristo, pudo aconsejar con toda naturalidad: «Acuérdese, Padre, de que vivimos en Jesucristo por la muerte de Jesucristo, y que hemos de morir en Jesucristo por la vida de Jesucristo, y que nuestra vida tiene que estar oculta en Jesucristo y llena de Jesucristo, y que, para morir como Jesucristo, hay que vivir como Jesucristo» (I, 320).

Así de revestido de Jesucristo se manifestó san Vicente, después de haberse vaciado de sí mismo (cf. XI, 236)—de sus «deseos y ambiciones de rentas, ascensos y seguridades», por usar una vez más una frase del Padre Jaime Corera. Habiéndose considerado como el más pobre de todos, no pudo menos que dar acogida alegre a la buena noticia del reino de Dios y anunciar la misma a los demás pobres.

Y así de consolados por el Evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios, y así de consoladores debemos ser los que nos consideramos miembros de la familia vicenciana. Los pobres prepararemos el camino del Señor por medio de asistir a los demás pobres y hacer que se les asista de todas las maneras, evangelizándoles, cuidándolos, remediando sus necesidades espirituales y temporales (XI, 393).

Pero, por supuesto, no vamos a dejar de hacer para con los pobres más de lo que otras tantas personas hacen (IX, 917). No queremos que los pobres se decepcionen al darse cuenta quizás de que el consuelo o la liberación que se les acaba de dar no corresponde a la promesa de salvación que el Señor, según nuestra fe, no tarda en cumplir. No se debe permitir que establecimientos humanos, por cristianos que los consideremos, velen, en lugar de revelar, el genuino rostro del reino de Dios.

De verdad, a ningún pobre le bastará con buscar la comida que tarde o temprano se echa a perder (Jn. 6, 27).

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)